

EL PERÚ Y LA POLÍTICA INTERNACIONAL DE SAN MARTÍN*

En el umbral de un nuevo siglo, tiempo es oportuno, para revisar cara a los doscientos años de la iniciación del proceso final del Imperio español americano, el estudio del fenómeno internacional de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX; en el cual encontraremos una historia, muy distinta a la que oficialmente, se aceptó en todos nuestros países.

Para ello es necesario reconstruir los principales acontecimientos políticos de la época ocurridos tanto en América como en Europa por su natural ligamento y particularmente en el Perú y el Río de la Plata, lugar de origen de D. José de San Martín. Ya que la política internacional ayer como hoy siempre ha estado globalizada desde el descubrimiento de América. Justamente acabamos este año de conmemorar los quinientos años de Carlos V, el Emperador de Alemania y el Perú y I de España y como lo dijo en su momento el poeta Hernando de Acuña, en 1547, después de la victoria de Mühlberg, sobre los herejes luteranos, “el imperio universal cristiano se presentaba próximo”, y escribe el poema que dice:

*“Ya se acerca, señor; o ya es llegada,
la edad gloriosa en que proclama el cielo,
un pastor y una grey sola en el suelo, por
suerte a nuestros tiempos reservada”.*

* Artículo publicado en la edición N° 116 (2000) de la *Revista Peruana de Derecho Internacional*.

*“Ya tan alto principio en tal jornada, nos
muestra el fin de vuestro santo celo, y anuncia
al mundo para más consuelo, un
Monarca, un Imperio y una Espada...”*

Esta idea de la globalización, del Imperio Universal ha estado siempre presente desde los romanos y quizá desde Alejandro Magno, con la alegoría del águila de dos cabezas que significaban el Imperio Oriental y Occidental, por cuanto el día de su nacimiento aparecieron dos águilas que se interpretaron como el presagio de un gran imperio y desde entonces quedaron incorporadas a las armas imperiales, y en este caso a las de España con el descubrimiento a Occidente y el Imperio europeo hacia Oriente.

Todo ello nos explica la inmediata aparición de las monarquías rivales de España, que van a mantener una guerra permanente desde el siglo XVI al XIX, hasta destruir el Imperio español, y justamente en el siglo XV, apenas producido el descubrimiento colombino, vemos aparecer todos los ingredientes principales que se van a mantener hasta los tiempos de San Martín inalterables en su accionar internacional.

Para una visión de conjunto de los orígenes históricos de este fenómeno internacional tenemos que tener presente los siguientes antecedentes: “Las Capitulaciones de Santa Fe”, celebradas entre los Reyes Católicos y Cristóbal Colón, en el Campamento de Santa Fe, en las afueras de la ciudad de Granada, el 17 de abril de 1492, antes del viaje descubridor; “Las Bulas de Alejandro VI”, de mayo de 1493, luego del descubrimiento; y el “Tratado de Tordesillas del 7 de junio de 1494”, sólo así comprenderemos el papel protagónico de España y Portugal en Europa y del Perú y Brasil en América.

Veamos brevemente esta vinculación. Producido el viaje descubridor de Cristóbal Colón, éste retorna alborozado, a dar cuenta del descubrimiento de tierra al otro lado del mundo conocido. Y en su premura toca fondo en Lisboa, donde los Reyes de Portugal, al conocer que el viaje está patrocinado por los Reyes de Castilla y Aragón, en vez de

premiar a Colón por el hallazgo lo toman prisionero y se apresuran a denunciar ante el Papa Alejandro VI, la violación de las Bulas *Romanus Pontifex*, otorgada por el Papa Nicolás V, en 1454 y la *Aeterni Regis*, dada por el Papa Sixto IV, en 1481, ambas a favor de los Reyes de Portugal con exclusión de todo Príncipe Cristiano, de todas las rutas del mar hacia la India, con el agravante de que la primera de las Bulas sancionaba con el anatema de excomunión a todo aquel que la violara.

Dado que la excomunión era prácticamente una declaratoria de vacancia del trono, por cuanto el vasallo cristiano no podía obedecer a un Monarca excomulgado y en política creaba la obligación de todo aquel que tenía algún derecho sobre ese trono en ir a salvar a ese pueblo de no caer en excomunión por obedecer al excomulgado, la excomunión era la guerra y la ruina del reino. Por esa razón Fernando El Católico, manejó con mucha habilidad este tema, y no sólo salvó de la excomunión ambos reinos, sino que logró a lo largo de las negociaciones en Roma entre mayo y setiembre de 1493, el sentar las bases del Imperio americano.

Los internacionalistas y los historiadores, a lo largo de esta historia, han desfigurado esta interesante y clave cuestión. Para unos este tema fue un Arbitraje Papal, para otros una negociación tipo simoníaco, pero la verdad es que ni fue un arbitraje ni una venta de cosas espirituales, sino todo lo contrario. Por tener un interés especial para el Perú, permítaseme una brevísima explicación del tema.

En primer lugar diremos rotundamente que desde el punto de vista jurídico no pudo ser un arbitraje, porque estos son acordados por las partes, y aquí no hubo acuerdo, sino más bien una denuncia de tremendas consecuencias históricas, políticas y jurídicas.

En segundo lugar, una vez producida la prisión de Colón y la denuncia, Fernando El Católico se apresuró a donar al Papa todo lo descubierto por Colón, para que Su Santidad, con libre disposición acordara lo más conveniente.

Y en tercer lugar envió sus embajadores a Roma, para iniciar las negociaciones diplomáticas a fin de librarse de la excomunión.

El resultado fue un juego de cinco Bulas y Breves Pontificios, que a la postre quedaron reducidos a tres, y señalándose como fechas las de 3 y 4 de mayo de 1493, día en que Su Santidad *in pectore*, tomó decisión sobre el problema y cuyos efectos quedaron fijados en las dos Bulas *Inter caetera* I y II del 3 y 4 de mayo y en la *Eximiae Devotionis* fechada igualmente el 4 de mayo, para evitar derechos adquiridos y nuevas rencillas entre Príncipes Cristianos.

En primer lugar el Papa libró de la excomunión a los Reyes de Castilla y Aragón, en mérito de la larga lucha contra los infieles mahometanos, que derrotados en España, amenazaban a Europa por Oriente, luego de la toma de Constantinopla en 29 de mayo de 1453, de la ocupación por el Islam de Serbia en 1459 por Mahomet II, y de todos los Balcanes y Albania en 1460 y Lesbos y Bosnia en 1463 y desataron una guerra con los Venecianos de diecisiete años y luego incursionaron sobre Hungría abriéndose el camino hacia Viena. Por todo ello el Papa no podía premiar con la excomunión a Fernando ni a Isabel de Castilla.

En segundo lugar el Papa redona o devuelve lo descubierto, pero a pedido de Fernando de Aragón, la donación es sólo para Castilla, pues fue la reina, la única que se interesó en el viaje descubridor. Se afirma que Fernando no quería vincular a la Corona de Aragón con el mundo por descubrir dadas las vinculaciones de esta Corona con Europa y que en cambio Castilla, era una monarquía nueva surgida de la reconquista española.

Finalmente, es por esa razón por la cual es el Derecho Castellano el único que pasa a América y es a esa Corona y sus descendientes a quienes se otorga el Patronato sobre la Iglesia. El Perú obtiene por ello algunas preeminencias como la fundación de la Universidad Real Mayor de San Marcos y la anulación de la creación Pontificia de la de Santo Domingo.

Pero lo importante para la historia posterior es que los Reyes de Portugal, desde que se inició la negociación de las Bulas de Alejandro

VI, plantearon una división de las rutas del mar, claramente para evitar problemas futuros y Juan II planteó una raya horizontal, similar a la línea actual del Ecuador, a lo que Fernando El Católico se opuso, pese a que Portugal sostenía que todo lo que vendría a ser con el tiempo el hemisferio norte fuera para Castilla y todo el hemisferio sur para Portugal. Recuerden que este debate fue casi un siglo antes de la aparición de Copérnico y de Galileo, personajes del siglo XVI. Fernando El Católico propuso una línea vertical muy cercana al África y manifestando que todo el Oriente, el África y su contorno para Portugal y el Mar Tenebroso, lo desconocido para Castilla; pese a la mediación del Papa esta postura se mantuvo y lo único que lograron los portugueses fue empujar la línea a trescientas setenta leguas marinas de las Islas de Cabo Verde.

No contentos con esto, al año siguiente y no pudiendo iniciar una guerra contra Castilla y por el peligro de los Árabes todavía en el África y vencedores en Oriente, suscribieron en Tordesillas el célebre Tratado el 7 de junio de 1494, en el cual ratifican el compromiso de respetar las Bulas y las líneas fijadas en la *Inter caetera Ila* o *Bula de la Raya*, que nos interesa fundamentalmente a los peruanos, por cuanto en 1500, Álvarez de Cabral al retornar del África, los vientos alisios del sur lo empujan hacia las costas de un “nuevo orbe” como él llama a ese territorio que luego van a denominar Brasil.

En realidad había llegado a las costas del actual Recife, que se consideró dentro de las trescientas leguas del Tratado, pero no iniciaron de inmediato la colonización. Fue en 1530 cuando Martín Alfonso de Souza inició la colonización con sembríos de caña de azúcar, en esos años en que Pizarro, habiendo partido desde Panamá va a descubrir el Perú, al otro lado del Continente, frente al Pacífico en 1532.

La presencia de los portugueses en Recife y de los castellanos en el Perú, rápidamente produce el debate de la primera frontera en América. Aquí no valen las tesis que interesadamente en tiempos modernos, han tratado de hacer aparecer el territorio amazónico, como tierras ignotas o inexploradas, en perjuicio del Perú. En el siglo XVI, dicen los principales mapas de la época: la raya o línea trazada por Alejandro VI en la Bula

Inter caetera II en 1493 y sancionada internacionalmente por el Tratado de Tordesillas de 1494 es la que prevalece y en América del Sur, no existen sino dos países y dos zonas de influencia: el Perú o Nueva Castilla y el Brasil o Posesiones portuguesas. Pero al no tenerse a mano elementos para una exacta demarcación territorial, el Brasil cerca de cien años no pasó de ser la zona de Recife y Pernambuco. Lenta y permanentemente los portugueses fueron penetrando tanto en la Amazonia como hacia el Río de la Plata. Este largo camino quedó marcado por la sangre de los Misioneros franciscanos salidos del Monasterio de Ocopa, la de los jesuitas por el Río Marañón y por Madre de Dios camino al Paraguay, en defensa de la peruanidad de esas zonas. Durante la monarquía austríaca el Perú defendió con apoyo de la corona esas tierras, pero al advenir en 1700 los Borbones franceses a la corona de España, la suerte va a cambiar internacionalmente para el Perú y el Río de la Plata.

Antes de proseguir, debo aclarar que ya en el siglo XVI, el Almirante Coligny, pretendió establecer en el Brasil la Francia Antártica en 1555, creando en la región de Río de Janeiro una colonia de protestantes. Años después en tiempo de Felipe II, cuando Portugal se integra a la Corona de España, la reina de Francia Catalina de Médicis organizó una gran expedición para apoderarse definitivamente del Brasil, asunto que encomendó a su primo Felipe Strozzi, cuya armada fue derrotada por el gran Almirante español D. Álvaro de Bazán, fracasando los dos intentos franceses de esa época de apoderarse del Brasil. Sólo les quedó de esos planes la actual Guayana francesa.

El otro rival de España, Holanda igualmente intentó por dos veces en 1624 y 1629 apoderarse del Brasil, llegando a nombrar un Gobernador.

En Leyden, la puerta inmediata al edificio del Parlamento es la del “Mauritshuis”, residencia que fue construida por el gobernador holandés del norte del Brasil entre 1637 y 1644. En ella existe una de las más valiosas colecciones de arte del mundo y entre los más de cuatrocientos cuadros expuestos figuran varias obras de Rembrandt y entre ellas la “Lección de Anatomía del Dr. Tulp” y otros de Frans Hals, lo que nos dice de la opulencia de esa época y de la cual territorialmente le quedan

a Holanda, igualmente la otra Guayana y Aruba principalmente, en las Antillas al igual que a Francia Martinica, Guadalupe y el recuerdo de su estancia en Haití.

Qué duda cabe que el principal rival de España, Inglaterra es el país que más presencia bélica y de ocupación ha tenido en Hispanoamérica. La primera amenaza concreta llegó inesperadamente al Perú el viernes 13 de febrero de 1579. Por primera vez la población nativa y criolla del Perú, iba a tener conciencia de la amenaza de una potencia enemiga. De una potencia europea, hasta entonces nadie había imaginado esa posibilidad. Se trata de la llegada de la primera escuadra creada por el fundador de la armada inglesa Sir Francis Drake, quien bajo el auspicio de la Reina de Inglaterra, venía con instrucciones precisas de asaltar el Perú, país de cuya riqueza ya tenía conocimiento desde el atraco que en pleno Atlántico, perpetró a la flota de D. Pedro de la Gasca, que retornaba al término de las Guerras Civiles del Perú.

Este marino pasó de largo las costas del Brasil y al llegar a la boca del Estrecho descubierto por la expedición de Magallanes, procedió a arriar el Pabellón de la Reina de Inglaterra y a cambiar el nombre de su nave Almirante llamada “Pelican” e izando la bandera “Pirata” colocó el nuevo nombre de “Golden Hind” a su nave insignia y se adentró en las procelosas aguas del Estrecho hasta llegar al Océano Pacífico. En la *Historia Marítima del Perú*¹ se discute si Drake fue el segundo o tercer marino, en cruzar el Estrecho después de Magallanes, pero lo cierto es que fue el primer marino de guerra que vino con la finalidad de atacar y saquear los puertos peruanos y de ser posible Lima misma. Hay constancia histórica registrada por el Padre Rubén Vargas Ugarte en su *Historia General del Perú*² de este episodio y del saqueo del puerto de Arica, cuya noticia alarmó a la población de Lima y el Callao. Arica era el puerto peruano por donde normalmente se embarcaba la producción minera de

¹ *Historia Marítima del Perú*. Tomo II, vol. II, siglo XVI. Callao: Edit. Ausonia, 1973.

² VARGAS UGARTE, Rubén. *Historia General del Perú*. Lima.

Potosí y era un punto de atracción de los piratas europeos que iniciaron una larga serie de incursiones. Este acontecimiento condujo a Toledo, a la necesidad de pensar en formar un ejército regular y en la construcción de una fortaleza en el Callao, ya que de ese primer peligro internacional se había podido salvar mediante una estratagema, encendiendo candiles entre La Punta y la boca del Río Rímac, con lo cual engañó a Drake, al hacerlo suponer que al lado de cada candil podía haber una batería de tierra que podría destruir su pequeña flota. Lo cual le hizo volver el rumbo al norte al contemplar desde el cabezo de la isla de San Lorenzo, una bahía encendida y no a oscuras como suponía. Siguió hacia Paita y luego a Acapulco en Nueva España (México), donde completó un buen botín y temiendo algún encuentro con navíos españoles, siguió hacia Filipinas por la ruta de Magallanes y luego por las Molucas, completó la segunda vuelta al mundo.

Aquí encontramos la primera necesidad de un gobernante del Perú en pensar en la defensa de las costas y del territorio. El Virrey Toledo, decide la fundación de la Armada del Mar del Sur, con sede en el Callao, antecedente legítimo de la actual Armada del Perú y en esa base naval se nombró al que vendría a ser el Primer Almirante nombrado en el Nuevo Mundo D. Juan de Villalobos y Figueroa, en un mes simbólico para la Marina del Perú, octubre y en un año que podríamos llamar cabalístico: 1579, procediéndose a afirmar el pabellón a la primera nave Almirante cuya bandera se entregó al Capitán General D. Pedro Sarmiento de Gamboa en una ceremonia quizá desconocida por los peruanos actuales. Siendo su meta y tarea fundamental: conquistar el Estrecho de Magallanes y fortalecerlo, así como tomar posesión de la Isla de Chiloé bajo el gobierno de Lima, para evitar que los ingleses y otros enemigos de España y por ende del Perú, pudieran penetrar en el Pacífico. Así durante el siglo XVI, este Océano se llamó: *Oceanus Peruvianus*, así consta en los mapas de la época.

Pero como las guerras contra España se habían complicado con el ingrediente religioso desde la Reforma o revolución Protestante contra Roma y siendo España el brazo armado de la Iglesia Católica y el “martillo

de la herejía y la luz de Trento”, las guerras no se limitaban a conseguir el dominio marítimo, sino la destrucción política del Imperio español. Con ese motivo durante el gobierno de la Casa de Austria, que fue la constructora del Imperio, tanto Carlos V como Felipe II, no tuvieron un período de paz en sus dominios permanentemente agitados por subversiones en Flandes y los Países Bajos y los ataques permanentes de la flota inglesa que se acrecentaron después de la destrucción por las fuerzas de la naturaleza de la llamada “Armada Invencible” de Felipe II. Las relaciones entre España y el Perú a fines del siglo XVI, quedan reflejadas en una carta manuscrita del Rey Felipe II, fechada en el Real sitio de San Lorenzo de el Escorial, el 25 de setiembre de 1591, en la que agradece a D. García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete y a la Virreina Doña Teresa de Castro y de la Cueva y sus vasallos del Perú, especialmente a los de Arequipa, por el inmenso donativo ascendente a un millón quinientos cincuenta y cuatro mil Ducados de Oro, para ayudar a la reconstrucción de la “Armada Invencible”. Ya el pueblo del Perú en la capital y provincias sentían como cosa propia la lucha contra los enemigos de la cristiandad y fundamentalmente contra Inglaterra.

Sin embargo el signo de la guerra de los Treinta Años y el Tratado de Utrecht, conjuntamente con el paso de Ámsterdam, que hasta 1578 había sido fiel a España y al catolicismo, al lado de la causa protestante complicó nuevamente la política de la época. De otra parte la unión de España con Portugal después de la derrota del Rey D. Sebastián en Alcazarquivir llevó a la coronación de Felipe II en 1581 como Rey de Portugal, unión que duró hasta 1640, en que Portugal se logra emancipar de España e inmediatamente se vuelca en busca de la protección de Inglaterra, convirtiéndose desde entonces en una aliada fiel de ellos en todas las guerras a partir del siglo XVII. Como primera providencia y aprovechando la incapacidad de medios para medir exactamente las trescientas setenta leguas al oeste de las Islas de Cabo Verde y sobre la cantidad de leguas que debían computarse en cada grado, Portugal logra arrancarle al Papa Inocencio IX, la designación del primer Obispo de Río de Janeiro, con una diócesis cuyo límite era el Río de la Plata, a todas luces fuera de los alcances de la Bula Alejandrina y el Tratado de

Tordesillas, este fue el inicio de la política concreta ya en el nivel diplomático del intento de consolidar las invasiones de hecho producidas por la irradiación desde San Pablo, cuyos bandeirantes o paulistas, avanzaron hasta la sierra del Perú y hasta el Obispado de Quito y no sólo al Río de la Plata. Coincidente con esta política de expansión al norte hacia el Orinoco, al sur hacia el Río de la Plata y al oeste hacia el Pacífico, el Rey Pedro II designó en 1678 al maestre de Campo Manuel Lobo Gobernador y Capitán General de Río de Janeiro que avanzara y fundara un fuerte en la margen oriental del estuario del Plata. Este fue el origen de la disputa de la Colonia del Sacramento, que al no haber sido creado el Virreinato de Buenos Aires ese territorio correspondía ser defendido por el Perú, pues se encontraba dentro de la jurisdicción del Tratado de Tordesillas. Pasados los años y ya en la época de los Borbones una nueva invasión portuguesa salida desde Brasil, decide la creación del Virreinato de Buenos Aires, pero el elevado costo de la expedición al mando de D. Pedro de Cevallos, un ilustre General que se había hecho famoso en las guerras de Italia y nombrado primer virrey, no pudo ser sufragado por el gobierno de Buenos Aires y se volvió a recurrir a Lima donde el Tribunal del Consulado sufragó dichos gastos, dado que la finalidad de los portugueses de apoderarse de la Colonia del Sacramento, que comprendía la Isla de Santa Catalina, el Estado de Porto Alegre actual y el Uruguay, no era otro que favorecer el contrabando de mercaderías inglesas en toda la región. Por algo en un conflicto anterior cuando en 1733 se había firmado el llamado Pacto de familia, al suscribirse el armisticio de París dictado por Inglaterra que había intervenido con otras potencias en la negociación, se estableció que la Colonia se entregara a poder de Portugal.³ Esta circunstancia y todos los acontecimientos que se van a producir hasta la época de San Martín, no hacen sino reforzar la idea de la identidad común de intereses entre peruanos y argentinos frente a un enemigo común, los portugueses y los ingleses.

³ PALACIO, Ernesto. *Historia de la Argentina* (1515-1943). Buenos Aires: A Peña Lilo, Editor, marzo 1975, p. 113 y ss.

Los ingleses en el siglo XVIII estuvieron muy activos y lograron cortar el camino del mar a España apoderándose prácticamente del Golfo de México desde 1739, época en que el Rey Jorge II dio orden al Almirante Edward Vernon de operar en el Caribe, mientras otro Lord del Almirantazgo Charles Wagner concibió la idea de la conquista de México y de la América Central. Con esta política de hostigamiento se apoderaron de Honduras británica hoy Belice, de la costa del Mosquito, de la Guayana inglesa, de Jamaica y de una multitud de pequeñas islas de las Antillas, que se convirtieron en guaridas de Piratas y Corsarios, cuya única finalidad era entorpecer el comercio entre el Perú y México con España. Sus blancos principales eran el Puerto de Veracruz en el Golfo y Portobelo y Cartagena de Indias que eran las bocas de salida del comercio del Perú. Como no podían ingresar en el Pacífico, salvo por el peligroso Cabo de Hornos, tanto Acapulco como el Callao eran menos controlados, sobre todo este último por la presencia de la Armada del Mar del Sur. Para contrarrestar esto el Almirante George Anson fue el primer marino británico en recomendar que Inglaterra se apoderara de las Islas Malvinas, por cuanto podrían constituir una excelente base naval. Cuando llegó a ser Lord Almirantazgo británico, —lo que prueba fehacientemente que no fue un vulgar pirata como indicaban nuestros ingenuos textos escolares—, proyectó una expedición para ocuparlas, pero hubo de desistir en vista de las protestas presentadas por España, por cuanto las Islas se encontraban dentro del Meridiano de Tordesillas. Sin embargo el proyecto lo realizó Lord Egmont, que ordenó la expedición del Comodoro John Byron, el cual enarboló en 1765, la bandera inglesa en el puerto natural denominado desde ese entonces Puerto Egmont, en las Malvinas. Estas islas las tomó en nombre de Su Majestad el Rey Jorge III de Inglaterra, quien las bautizó como Islas Falkland.

Esta es la verdadera historia de cómo se fue forjando la identidad nacional de nuestros pueblos, basada en la religión católica, en la lucha contra protestantes y sobremanera en los continuos enfrentamientos contra Inglaterra. Este aspecto se complicó más al llegar el siglo XIX, siglo signado por las guerras napoleónicas y el juego de la política internacional que se mantuvo muy activo, mientras España ingresaba a

una angustiosa etapa con problemas en la Casa Real dada la situación creada por el favorito Godoy, el tristemente célebre Príncipe de la Paz, la Reina y Carlos IV.

Era ya el tiempo en que San Martín se encontraba en España, mientras en Europa resonaba el prestigio de las armas napoleónicas. Napoleón era ya el vencedor de Marengo y el dueño virtual del continente. Por el tratado de Aranjuez, en 1801 España le cede a cambio de la Toscana, la Luisiana, con lo que Francia por fin va a ser dueña de un Imperio ultramarino americano y España se ve obligada de otra parte a declarar la guerra a Portugal, pieza indispensable de la estrategia inglesa.

México resulta dividido en dos al separarse su territorio y complicarse la comunicación con la Capitanía General de Cuba y la Florida. Napoleón inicia su sueño de una América francesa, que al comprobar más adelante –al fracasar su intento de la Constitución de Bayona, dictada por él y discutida por disputados americanos, entre ellos D. Tadeo Bravo del Rivero, procurador del Cabildo de Lima, acreditado ante el Rey⁴– que nadie hablaba francés en América, decidió llamarla mejor América Latina pero no española.⁵

Volviendo al tema bélico mientras España invadía el Portugal en una guerra de quince días, la guerra de las naranjas (30 de mayo a 16 de junio de 1801), Napoleón al término de la misma al no quedar satisfecho con el tratado de paz ajustado por su hermano el Embajador Luciano Bonaparte, estuvo a punto de romper relaciones con España, mientras Godoy amenazaba con que un nuevo envío de tropas francesas a la península sería considerado como una declaratoria de guerra. San Martín, como hijo del ayudante Mayor D. Juan de San Martín, había viajado a España con su familia en 1784, donde su padre fue trasladado a la plaza de Málaga. Luego de un breve paso por el Seminario siente que su

⁴ VILLANUEVA, Carlos A. “Napoleón y los Diputados de América en las Cortes españolas de Bayona”, en *Anuario de la Academia*.

⁵ ALCALÁ ZAMORA, Niceto. *Nuevas reflexiones sobre las leyes indias*. Buenos Aires: Edit. Guillermo Kraft, 1944, pp. 155 -168.

vocación coincidía con los bélicos tiempos que vivía y sentó plaza de cadete en el Regimiento de Murcia en 1789. Más adelante con su regimiento es trasladado al África y participó en la campaña de Melilla, recibiendo su bautismo de fuego de guerra en la toma de Orán en 1791. Vendría luego su primer ascenso en la guerra del Rosellón el 8 de julio de 1793. Al iniciarse el siglo XIX, participó en la “Guerra de las Naranjas” en 1802 a la que nos hemos referido líneas antes, al lado de la coalición franco-española contra Portugal aliada de los ingleses. Vino luego la paz de Amiens entre Francia e Inglaterra el 25 de marzo de 1802, pero fue muy efímera y la guerra volvió a estallar entre las dos naciones. España trató de permanecer neutral, pero los actos de piratería de parte de los ingleses contra los barcos que venían de América la llevaron a declarar nuevamente la guerra a Inglaterra el 14 de diciembre de 1804. Sin embargo los problemas que la Corte de Madrid creaba con sus escándalos familiares y los manejos del Ministro Godoy en una zigzagueante política llegó a cansar al pueblo español y como lo dice Francisco José Fernández de la Cigoña en su trabajo sobre “Liberales, Absolutistas y Tradicionales” publicado en *Verbo*⁶ “España fue siempre un país altivo que supo mantener a raya a sus reyes”. “Cada uno valemos tanto como vos y todos juntos más que vos” no fue en España una frase feliz o desafortunada de un tiempo histórico. La revolución de los “Comuneros”, contra Carlos V, que se coronó Rey de España sin consultar previamente al pueblo es un ejemplo. Dice Fernández de la Cigoña: “Es la respuesta, impertinente si se quiere, del íntimo convencimiento de que son los reyes para los pueblos y no los pueblos para los reyes”. La vieja sentencia isidoriana del *Rex eris si recte facies, si non facies non eris*, responde perfectamente al sentir histórico de los españoles que jamás fueron absolutistas y agrega: “Y este pueblo, tan poco absolutista, tan celoso de su libertad, amó a sus reyes como ninguno y les guardó una fidelidad que en no pocas ocasiones era digna de mejor causa”.

⁶ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA, Francisco José. “Liberales, Absolutistas y Tradicionales”, en *Verbo* N° 157. Madrid: Julio-Agosto de 1977.

San Martín espectador y actor en medio de estos acontecimientos luego de la guerra de las naranjas, fue trasladado con su regimiento al Puerto de Cádiz; que ya era un caldero de inquietudes y centro de reunión de las Escuadras española y francesa que se aprestaban para la invasión de Inglaterra. En esos preparativos el puerto como es de suponerse recibía el influjo de las sociedades secretas y de espías infiltrados. De pronto el Almirante francés Villeneuve, se enteró que Napoleón había dispuesto su relevo por la aparente inactividad de la escuadra y antes de la llegada de su sucesor dio la orden de zarpe sin haber ajustado un adecuado plan de batalla. El encuentro con la Escuadra Inglesa, fue en el Cabo Trafalgar, el combate naval fue muy duro, murió el Almirante Nelson por la flota inglesa y el Almirante Gravina por la española y en definitiva los ingleses volvieron a quedarse dueños del mar (21 de octubre de 1805). Esto determinó que Napoleón diera por terminado el proyecto de invadir Inglaterra y desencadenó el llamado “Bloqueo Continental”, contra Gran Bretaña. Esta determinación fue trágica para España, pues implicaba la toma de Portugal por las armas francesas y para ello el que las “Águilas del Imperio”, pasaran por España. Carlos IV invitado por Napoleón para una entrevista en Bayona, ciudad a la que va acompañado de toda la familia real que prácticamente queda prisionera de Napoleón y luego abdica a favor del Príncipe Fernando. Pero en ese momento Napoleón desconfiando de la capacidad y lealtad de los borbones españoles decide coronar como Rey de España y Emperador de América a su hermano mayor José Bonaparte Ramolino, hijo como él del ilustre jurisconsulto francés Carlos María Bonaparte y de María Leticia Ramolino. José era desde 1806, Rey de Nápoles e iba a gobernar a España entre 1808 a 1813. No sólo para San Martín, sino para todos los españoles era decepcionante contemplar como el cetro hasta entonces augusto y real de Castilla era pasado de mano primero al príncipe heredero, en virtud de espontánea abdicación que poco después en país extraño y en verdadero cautiverio en Valencay, se pretendió retirar, en una maniobra que era más útil a Napoleón que a España. Pero de otra parte para los hispanoamericanos la confusión era mayor, pues Inglaterra dueña del mar, lanzó ese mismo año aprovechando su dominio del mar la invasión de América del Sur, de acuerdo al “Plan Popham-Melville”.

Efectivamente y con la excusa de que Holanda se había aliado con Francia contra Inglaterra, el gobierno británico resolvió en julio de 1805, el envío de una expedición para que se posesionara por la fuerza de la colonia holandesa del Cabo de Buena Esperanza, con lo cual contemplaba el control de las rutas marítimas y comerciales hacia la India. Ya tenían controlado el Estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos –Canal de Beagle– con la toma de “Las Malvinas y el Golfo de México”.

En el Río de la Plata, en vista de los persistentes ataques de los portugueses desde el Brasil, el nuevo Virrey Mariscal de Campo Don Joaquín del Pino, encargó al Inspector de Armas, Marqués de Sobremonte, la formación de un destacamento de fuerzas móviles montadas en las inmediaciones de Montevideo para prevenir posibles desembarcos. Empezaron a congregarse allí las milicias de Córdoba, Santa Fe, Corrientes y Buenos Aires. Los portugueses emprendían entre tanto nuevas operaciones contra el Perú y los pueblos del Río Uruguay débilmente guarnecidos así como Río Grande que tomaron fácilmente. Pero la situación se complicó más con la invasión napoleónica a España y Portugal, pues los Reyes de Portugal, ante el peligro de caer prisioneros de Napoleón, huyeron al Brasil estableciéndose en Río de Janeiro y convirtiendo en metrópoli a su antigua Gobernación. El peligro para la Colonia de Sacramento y el Río de la Plata era ahora inminente sobre todo por la presencia de las escuadras portuguesa y la Armada inglesa.

En Buenos Aires, el virrey Marqués de Sobremonte que había sucedido a del Pino recibió la noticia de la guerra con Inglaterra el 1º de enero de 1806 y que por la situación en la península no se le podrían enviar socorros y se le ordenaba que tomase medidas para proteger la navegación de los barcos mercantes y para impedir la eventualidad de un desembarco inglés en estas costas. El único apoyo y recurso a que podían recurrir era el Perú, como así lo hicieron.

Y así el 9 de junio de 1806 el vigía de Maldonado advirtió la presencia de una escuadra próxima a la costa y compuesta de ocho buques. Era la que en abril había partido del Cabo de Buena Esperanza a las órdenes de Sir Home Popham con el propósito de conquistar a la

prácticamente indefensa Buenos Aires. Traía 1,200 hombres de desembarco, comandados por el Mayor General Guillermo Carr Beresford.

El gobernador de Montevideo, don Pascual Ruiz Huidobro, dio aviso al Virrey. Este supuso que los barcos, por su tamaño no podrían entrar al puerto de Buenos Aires, por lo cual se apresuró a mandar a Montevideo las pocas fuerzas veteranas que quedaban en la capital, pues las otras estaban en la frontera con Brasil, así que ordenó el acuartelamiento de milicias. El día 25 recibió con estupor, dice Ernesto Palacio⁷, la noticia de que los ingleses habían desembarcado en Quilmes y se dirigían a la ciudad. Lo único que pudo enviar para contenerlos fue cuatrocientos milicianos y cien “blandengues” mal armados y sin experiencia, los mismos que fueron dispersados por el fuego excelente de las veteranas baterías inglesas y de su disciplinada infantería entre la que se distinguía el 71 Regimiento de Highlanders, los mismos que desfilaron en triunfo por las calles de Buenos Aires el 25 de junio de 1806 al compás de “Rule Britannia”. El jefe inglés intimó la rendición de la ciudad, a lo que el Jefe militar de mayor graduación Brigadier Hilarión de la Quintana a cargo de la defensa, viendo la inutilidad de la resistencia, entregó la ciudad y el pequeño Fuerte. El virrey Sobremonte se había retirado a la ciudad de Córdoba a fin de organizar desde allí la resistencia.

Los ingleses con la posesión de Buenos Aires conquistada con tanta facilidad creyeron que el camino para la conquista de América del Sur quedaba abierto para su Imperio.

Beresford tomó posesión de Buenos Aires a nombre de su Rey Jorge III y en su proclama prometió respetar la religión católica, la propiedad privada y el comercio libre. Pero al mismo tiempo que comunicaba a su gobierno el triunfo pedía refuerzos militares para afianzar el dominio, el envío de colonos y mercaderías para iniciar un intercambio a gran escala.

⁷ PALACIO, Ernesto. *Ob. Cit.*, p. 154.

De otra parte los habitantes del Río de la Plata se sintieron humillados y consternados por la derrota y sabedores de la situación en España, con la coincidencia de que debían encarar el problema solos con la ayuda del Perú, pasados los primeros momentos de depresión empezó a conspirarse activamente contra los ocupantes. Las circunstancias apremiaban porque convenía actuar antes de que llegaran los refuerzos pedidos por Beresford. Sobremonete reunía milicias en Córdoba, lo mismo hacía Ruiz Huidobro en Montevideo al tiempo que Juan Martín de Pueyrredón reclutaba voluntarios en la campaña. Lo único que les faltaba era un estratega, un jefe militar que coordinara todos estos esfuerzos. Al fin encontraron a un oficial francés llegado un tiempo antes al servicio del Rey de España para comandar una flotilla de cañoneras que defendían las costas del río: el Capitán de Navío D. Santiago de Liniers y de Brémond.

Apenas asumió el mando pasó a Montevideo de donde trajo un contingente de seiscientos hombres, los que sumados a los trescientos de su flotilla más setenta y tres franceses desembarcó decididamente en las Conchas, cerca de San Isidro, donde se le unieron las fuerzas de Pueyrredón y el 10 de agosto de 1806 le intimó la rendición a Beresford. La negativa del inglés, le dio la señal de marcha y se dirigió con su tropa al Retiro en cuya Plaza de Toros se había fortificado el enemigo. Se combatió durante toda la noche y los dos días siguientes con intervalos para recomponer las líneas. Liniers compensaba con creces las pérdidas sufridas por la incorporación entusiasta de los jóvenes y voluntarios hasta casi duplicar sus fuerzas. En pocas horas Beresford cedió y se replegó en la Fortaleza, abandonando parte de su artillería, la que fue aprovechada por el marino Liniers para abrir intenso fuego con los mismos cañones ingleses abandonados. Al atardecer Beresford levantó la bandera de parlamento. Liniers exigió la rendición incondicional. Los enemigos como los llaman las crónicas de la época desfilaron ante las milicias porteñas bisoñas en estos menesteres y triunfantes de unos enemigos que pronto derrotarían al genio de la guerra: Napoleón.

El botín de guerra consistió en 35 cañones de muralla, 28 de campaña, 1,600 fusiles ingleses y fundamentalmente la Bandera del 71

Regimiento de Highlanders. Pero la escuadra inglesa seguía bloqueando el Río de la Plata, en una larga espera de los refuerzos solicitados para vengar la ofensa.

Al fin el 28 de junio de 1807, el general inglés Whitelocke ordenó finalmente una nueva invasión de Buenos Aires por la ensenada de Barragán y el 2 de julio su vanguardia llegaba a la orilla derecha del Riachuelo. El primer contacto con las tropas de Liniers no fue favorable y éstas se dispersaron ante el fuego inglés. El Alcalde de Buenos Aires, D. Martín de Alzaga, salvó la situación con la colaboración de todos los habitantes poniéndose la ciudad en estado de defensa, cavándose trincheras en las calles e iluminando Buenos Aires como un día de fiesta y el enemigo no atacó y el 3 reapareció Liniers que había logrado reagrupar a los dispersos y retomó el mando en medio de júbilo popular. El General Whitelocke atacó la ciudad con ocho mil quinientos hombres en tres columnas, pero el combate se complicó al ingresar a la ciudad por cuanto cada casa era una pequeña fortaleza y no se podía utilizar la artillería, las bajas fueron numerosas y fueron obligados a rendirse. Sólo una de las columnas llegó hasta el Convento de Santo Domingo. Los ingleses habían perdido la mitad de sus fuerzas y el 7 de julio Liniers logró el Convenio de Paz. Los ingleses se comprometieron a evacuar la plaza en dos meses con toda su artillería. El prestigio de Liniers creció más y el Rey Carlos IV lo nombró Jefe de la Escuadra y Virrey interino del Río de la Plata.

Todos estos acontecimientos fueron de conocimiento de San Martín en Cádiz. Dio la orden Napoleón al General Junot de pasar los Pirineos rumbo a Portugal, luego la huida de la Corte portuguesa a Brasil, —con el peligro que eso significaba para el Río de la Plata—; las órdenes secretas de Carlos IV, de obedecer al Príncipe Murat recibidas por Abascal en Lima⁸ y luego la coronación de su hermano José como Rey de España, y su secuela el Motín de Aranjuez el 18 de marzo de 1808 seguida del 2 de mayo del mismo año en que el pueblo de Madrid se pronuncia contra

⁸ MENDIBURU, Manuel. *Diccionario Histórico Biográfico del Perú*. Lima, 1935.

esta intromisión, va a llevar a San Martín como integrante del regimiento de Murcia de guarnición en Cádiz a participar en la batalla de Bailén contra las tropas francesas obteniendo una sonada victoria en ese mismo año de 1808. Preocupado por el destino de su patria decide dejar la península ocupada y en guerra. Cádiz se mantenía como zona liberada y en ella se iban a realizar las Cortes con la finalidad de dotar a España y América de su primera Carta Constitucional, paradójicamente con la ideología de la revolución francesa que Napoleón había institucionalizado. A ese puerto van llegando los diputados del Perú, Argentina, Chile, México, en fin, de todas las regiones del Imperio español americano. Por supuesto que la ideología de la época y el auge de las Logias Masónicas conectaban con el único camino para poder viajar al nuevo mundo: Inglaterra, dado que tenían controladas todas las rutas del mar como ya lo hemos visto.

Pero los acontecimientos van convenciendo a San Martín, que la única salida política coherente que tiene América es la salida monárquica, si quería salvar la unidad. Se conocía el proyecto del conde de Aranda, desechado por Carlos III, pero en el nuevo siglo XIX, la proyección de la política europea era de condena a la subversión liberal que les había costado la cabeza a los Reyes de Francia y que había producido el Imperio de Napoleón, que paradójicamente había logrado la Constitución para Francia, el Código Civil y el proceso de codificación general en todos los países ocupados, pero lo que no se aceptaba dado el sentimiento nacionalista era el destronamiento de los Reyes tradicionales. En Europa se marchaba a la restauración monárquica y precisamente el Congreso de Viena, reunido después de los primeros contrastes de Napoleón, condenó la subversión liberal y la forma de gobierno republicano surgida bajo su influjo, por ese camino Brasil que había proclamado el reino unido de Portugal y Brasil en 1816 gobernando Juan VI, y residiendo en Brasil hasta 1820, en que es obligado a regresar a Lisboa proclamándose su hijo Pedro primero Regente y luego Emperador del Brasil en 1820. Pero recordemos que la monarquía portuguesa llegó a Brasil traída por las flotas portuguesa e inglesa, sus tradicionales amigos, y es desde esa época que Carlota Joaquina hermana de Fernando VII inicia una campaña diplomática en América del Sur para lograr el reconocimiento de ella,

como emperatriz de América. Esos mensajes los recibió Fernando de Abascal en el Perú, Santiago de Liniers en el Río de la Plata, el Presidente de la Audiencia de Charcas García Pizarro y el Arzobispo Moxó. Agentes de Carlota Joaquina actuaron igualmente en México y Chile.

Juan Martín de Pueyrredón fue uno de los que con mayor claridad vieron en la solución monárquica la posibilidad de salvar la unidad de Hispanoamérica y obtener el reconocimiento y apoyo inmediato de todas las potencias europeas rivales de Inglaterra, como lo había ya conseguido la monarquía brasileña, que precisamente ya tenía asiento en el congreso de Aquisgrán, en cuya agenda entre otros temas, se encontraba el caso del imperio Español americano, que al decir de Metternich “no le preocupaba al Rey de España, pues desde Madrid no hacía sino pedir impertinencias”, teniendo intereses de gran importancia que se encontraban en el abandono más punible⁹ pues precisamente el problema de la independencia hispanoamericana había alcanzado ya una trascendencia internacional cada vez más amplia y agresiva, dice el historiador catalán Soldevilla¹⁰, que por aquel tiempo, el duque de Richelieu, Canciller francés, presentó al congreso de Aquisgrán un proyecto para someter el problema a un congreso especial (setiembre de 1818). En este proyecto lo apoyaban las Provincias Unidas del Río de la Plata y el Imperio del Brasil. Para ese entonces San Martín había partido de Cádiz en 1811 rumbo a Londres como único camino para poder viajar seguro a Buenos Aires, ciudad a la que llegó en 1812 e inmediatamente fue ratificado por la Junta de Gobierno instalada el 25 de mayo de 1810 como comandante del Escuadrón de Granaderos a Caballo que estaba formándose y reconocieron todos sus grados obtenidos en su carrera.

Antes de proseguir debemos precisar algo muy importante y es que las Cortes de Cádiz convocadas por la Junta Suprema Central Gubernativa fijó como primer domicilio la ciudad de Aranjuez en España, y luego la rápida invasión francesa los obligó a trasladarse a Sevilla

⁹ SOLDEVILLA, Ferrán. *Historia de España*, Tomo VI, Edic. Ariel.

¹⁰ SOLDEVILLA, Ferrán..., Tomo VIII. *Ob. Cit.*

primero y después a la Isla de León frente a Cádiz. El día 24 de setiembre de 1810, se instalaron y sesionaron en ese lugar hasta el 20 de febrero de 1811, trasladándose al Puerto de Cádiz, el 24 del mismo mes, lugar donde prosiguieron su trabajo en forma ininterrumpida. Aclaremos igualmente que esta convocatoria del mes de setiembre de 1808, a instancias del político español Jovellanos, no limitó la convocatoria a España sino a toda Hispanoamérica enviándose urgentes despachos para que en todas las provincias de ultramar –nunca se les denominó colonias como en Norteamérica– igualmente se instalen Juntas de Gobierno en nombre de Fernando VII para dotar de una constitución a la Monarquía a fin de asegurar el rechazo a Napoleón de una parte, pero igualmente para asegurar el triunfo de la ideología liberal que él representaba. Ironías de la política internacional de la época. Igualmente, dejamos constancia que la mayor parte de la representación de las regiones hispanoamericanas fue elegida de urgencia entre los residentes de las diferentes colonias que convergieron en Cádiz huyendo de los franceses y ante la convocatoria de la Junta Suprema Central de 1808. En América se instalaron Juntas en La Paz y Quito en 1809 y en Buenos Aires en 1810, que fue la única que subsistió hasta evolucionar a la vida independiente. Igualmente debemos dejar constancia que solo en el Perú y dada la sagacidad de D. Fernando de Abascal, se efectuaron las primeras elecciones de Diputados en nuestra América en agosto de 1809 de conformidad con el Decreto de la Junta Suprema Central.

Como no existía ninguna experiencia ni reglamento sobre este tema, el Virrey Abascal, convocó a Palacio de Gobierno a las principales personalidades de Lima y decidieron colocar en una ánfora los nombres de tres de los presentes: Baquijano y Carrillo, Goyeneche y José Silva y Olave. Acto seguido y para darle total imparcialidad al acto y quizá también un inusitado toque femenino, llamó a su querida hija Ramona y no Romana como la llama el historiador chileno Vicuña Mackenna¹¹ para

¹¹ VICUÑA MACKENNA, Benjamín. *La revolución de la independencia del Perú* (1800-1819). Lima: Edit. Garcilaso, 1924.

que extrajese el sobre conteniendo el nombre del elegido por la suerte, el mismo que resultó D. José Silva y Olave. Como lo expuse en mi historia de las Constituciones del Perú¹² la primera persona que votó oficial y políticamente en el Perú y quizás en América fue una mujer y además nacida en tierra americana. Silva y Olave se embarcó rumbo a España en el navío “Guadalupe”, el 11 de octubre de 1809. En 1810, la Junta Suprema Central se transformó en Consejo de Regencia y para acreditar un representante ante ella se eligió por el mismo sistema a otro Diputado por el Reino del Perú que resultó D. Francisco Salazar, quien se embarcó en el Callao en el navío de S.M “Archiduque Carlos”, 13 de enero de 1811, por la ruta de Magallanes. Hubo una tercera elección de diputados para las cortes en 1810 y según la *Gaceta de Lima* de 26 de febrero de 1811, los restantes diputados peruanos fueron elegidos en la misma ciudad de Cádiz por la urgencia del trabajo legislativo. Lo importante de toda esta historia es que ninguna de las juntas de Gobierno es antiespañola como nos la han pintado normalmente nuestras historias oficiales decimonónicas e incluso las actuales mucho más viciadas de etnocentrismo al juzgar con criterios valorativos e ideológicos del siglo XX, acontecimientos de principios del XIX.

Hubo caudillos de la guerra de la Independencia que afirmaron e incluso no sólo en historias de otros países, sino en nuestros propios textos, la insensatez de que los peruanos “enamorados del yugo de la esclavitud” nada realizaron a favor de la causa de la independencia y que tuvieron que venir de fuera, los ejércitos para liberarnos. Esa es una manera distorsionada de ver la historia o de manipularla con fines inconfesables.

Pues como hemos expuesto en este trabajo, el proceso para llegar a la ruptura del imperio español, tiene varias etapas, una de las cuales concluye con el esfuerzo comunitario de dotar a España y América de una Constitución de Corte Liberal, confeccionada sin el rey —éste se encontraba prisionero— pero no contra el rey. Es después de la derrota de

¹² UGARTE DEL PINO, Juan Vicente. *Historia de las Constituciones del Perú*. Lima: Edit. Andina, 1978, pp. 23-105.

Napoleón, cuando éste repuesto en el trono, deroga en la ciudad de Valencia la Constitución de Cádiz en 1814, es ahí cuando se produce la ruptura en España, la sublevación del General Rafael de Riego y en América las conspiraciones como la del Brigadier Mateo Pumacahua en el Cuzco, la de Zela en Tacna, y tantas otras en protesta, por cuanto no se quería volver al absolutismo de los Borbones. Tampoco podíamos exigir que se borrara de nuestra base popular la creencia mantenida durante trescientos años, de que los holandeses, franceses y sobre todo los ingleses, eran nuestros ancestrales enemigos y además protestantes, por lo que era muy difícil que se aceptara la idea de que venían a libertarnos. Recordemos que incluso hubo una indígena de la sierra central del Perú, que donó toda su fortuna para rescatar de la prisión al Príncipe Fernando y que según la tradición los mensajeros que portaban una de las copias de la Capitulación de Ayacucho, hacia Lima, fueron asaltados por los indígenas que las destruyeron.

En 1813, las tropas del Ejército Real del Perú, en cuya oficialidad militaban entre otros nombres Santa Cruz, Gamarra, La Mar, los hermanos Castilla, Terón, Aristizábal y tantos otros, cumpliendo órdenes de Abascal, viajaron en la flota del Mar del Sur hacia Chiloé al mando del Brigadier Antonio Pareja. Esta Isla desde tiempos de Toledo era posesión del gobierno de Lima.

Reforzada su guarnición desembarcaron luego en Talcahuano dice D. Rubén Vargas Ugarte¹³, que Pareja después de haber tocado en Valdivia, se trasladó a la ciudad de Concepción cuyos habitantes volvieron a la fidelidad al Rey, lo que nos dice que la duda entre la lealtad a la tradición y la aceptación de la ideología liberal no era muy sólida. Al parecer Pareja cediendo a su entusiasmo continuó hacia el norte llegando a orillas del río Maule.

En este punto acometieron los “liberales chilenos” cortándole en el lugar denominado “Yerbas buenas”, el camino a su base de

¹³ VARGAS UGARTE, Rubén..., Tomo VII. *Ob. Cit.*

aprovisionamiento. Esta noticia llegó a Lima, junto con la de la muerte de Pareja. Inmediatamente Abascal nombró al Coronel Gabino Gaínza, quien con un nuevo contingente de tropas del Perú recuperaron las Plazas de Talcahuano y Concepción, logrando llegar a Talca. Aquí se renueva el ingrediente de siempre, la presencia de la flota inglesa al mando del Almirante Sir James Hiller, quien interviene para proponer un armisticio entre las fuerzas combatientes de los hermanos Carrera y las tropas de Lima y así se llegó al “Pacto de Lircay”, que viene a ser el primer convenio entre tropas del Perú y de Chile en un conflicto con mediación inglesa (mayo de 1814). Pero ni los Carrera por Chile ni Abascal por el Perú, lo aceptaron.

Abascal envía un nuevo ejército a Chile al mando del Subinspector de Artillería D. Mariano Osorio. Por su parte José Miguel Carrera y los miembros de la Junta, pusieron precio a la cabeza de Osorio. La reacción contra el absolutismo se iniciaba. Sin embargo a Osorio conociendo que Pezuela necesitaba refuerzos en Arica para restablecer el orden en el Alto Perú, le pareció que ajustar algún tipo de acuerdo con los Carrera sería fatal para las tropas reales del Perú y movió su ejército hacia Rancagua defendida por O’Higgins, cuyas tropas no pudieron contener a las de Lima. Este triunfo del 5 de octubre de 1814 —diez años antes que la Batalla de Ayacucho— le abrió a Osorio el camino de Santiago, donde ingresó finalmente el 9 de octubre de 1814. Esta victoria marcó el final de lo que en Chile se llama la “Patria Vieja”. A Osorio le sucedió Francisco Marcó del Pont. Todas estas circunstancias contribuyeron a madurar el plan de San Martín, para el Perú, dada su capacidad militar y política, habida cuenta que en Santiago de Chile, se acuñaron medallas de oro, plata y cobre para premiar a “los héroes que conquistando Chile, le devolvieron su libertad y su honor”.

Conocí los ejemplares de la misma que pertenecieron a la colección de D. José Toribio Medina, gran estudioso y polígrafo chileno.¹⁴

¹⁴ UGARTE DEL PINO, Juan Vicente. *Historia de las Constituciones. Ob. Cit.*, pp. 107-122.

Indudablemente que fue Fernando VII, con su nula visión de Hispanoamérica y su falta de una política americana, el causante del desastre iniciado por su padre Carlos IV. Qué duda cabe que debió haber sido muy duro el dilema de abjurar una fidelidad centenaria, pero la fórmula de una monarquía liberal se fue abriendo paso.

No olvidemos que cuando se establece la Junta de Gobierno de Buenos Aires, los criollos porteños Belgrano y Rivadavia iniciaron contactos con Carlos IV, con la finalidad de traer al Infante D. Francisco de Paula; pero sus gestiones no fueron atendidas y cayeron en el vacío y la incompreensión. Estas eran las cosas que indignaban al Ministro austríaco Príncipe Metternich. Indudablemente que tanto Napoleón así como su hermano D. José sí vieron la posibilidad de conservar la unidad hispanoamericana, por eso su interés en la Constitución de Bayona, en la que le aumentaron al Perú el número de Diputados atendiendo al recuerdo de la sublevación de Túpac Amaru, otorgándole al Cuzco dos diputados. D. Manuel Belgrano y San Martín aceptaron el proyecto monárquico planteado durante el gobierno del Supremo Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata D. Juan Martín de Pueyrredón y que consistía en invitar al Duque de Orleans para que acepte la corona de Sudamérica. Es en ese momento en que se mueven las intrigas de Londres, París y Madrid con la terquedad célebre de Fernando VII. Existe la misión del Coronel Lemoine, la de Sassenay, pero otra de las importantes fue la del Canciller francés Barón de Desolle, en tiempos de Luis XVIII quien pensó en Carlos Luis de Borbón, sobrino de Fernando VII, Príncipe de Luca. Para estas gestiones viajó el argentino José Valentín Gómez para ajustar el proyecto con el barón Desolle.

En la Corte francesa se confiaba ilusamente, que el Príncipe de Luca, por pertenecer a la dinastía española, no recibiría observaciones del gobierno de Madrid y por ser de una rama separada del gobierno español no tendría la desconfianza de los liberales americanos.

Gómez permaneció en Francia a la espera de noticias sobre la misión de San Martín en el Perú. Por eso siempre hemos sostenido que la idea del establecimiento de una o dos monarquías en Sudamérica no fue

producto de un sentimiento reaccionario o absolutista, de los peruanos, sino una idea aceptada en todo el subcontinente por la presión permanente que durante trescientos años se había ejecutado desde Brasil y más acentuadamente desde que la monarquía portuguesa se trasladó a Río de Janeiro, y se fue transformando en Imperio, monarquía que desde su instalación en Brasil, participó al lado de las potencias Europeas en los Congresos de Viena, Aquisgrán o Aix-la-Chapelle celebrado en setiembre de 1818. Todo ello urgió a San Martín a emprender una campaña hacia el Perú, para tratar de convencer al Virrey de Lima, para una acción conjunta de convencimiento a Fernando VII, para el establecimiento de una monarquía que equilibrara políticamente a la de Brasil, que incluso tenía un candidato propio para ser coronado en esta parte del continente y que era el infante Don Sebastián que se enfrentaba al candidato del Duque de Richelieu, D. Carlos Luis, ex Rey de Etruria y al que pretendían los argentinos el Duque Luis Felipe de Orleans. No hubo nunca un candidato español. Pero el plan de San Martín tropezaba con la misión de Bernardino Rivadavia en Francia, quien transmitía la noticia de que España concedería la independencia a cambio de una compensación económica y el reconocimiento de un príncipe español como rey. Esto ocurría el 25 de agosto de 1818. Los Diputados del Congreso de Tucumán, cuya sede se trasladó a Buenos Aires, aprobaron las instrucciones a las que se tenía que sujetar Rivadavia y como consecuencia del nuevo giro de esta negociación se le ordenó a San Martín suspender su plan sobre el Perú. El Libertador desconcertado por no tener noticias seguras del Proyecto de Rivadavia, presentó su renuncia. Y San Martín tenía razón. Rivadavia se había apresurado en convertir en realidad sus propios deseos; y este episodio unido al espectáculo de la anarquía en el litoral argentino, donde los caudillos locales tenían que hacer frente con sus propios medios a los avances de los lusitanos que atacaban la margen izquierda del Uruguay, confirmaban la acción de intereses movidos secretamente para impedir la unidad de nuestros pueblos. Al final el Plan de San Martín hacia el Perú, se aprobó a regañadientes.

La visión de política internacional suya queda rubricada por lo que sostiene el gran historiador argentino Ernesto Palacio¹⁵: “El proyecto de monarquía, en la forma aceptada por el Congreso no tenía nada que

chocara con las ideas del momento y es absurdo empeñarse en considerarlo como una simple añagaza, o como una traición. Aparte de dar término a los estragos de la guerra externa y de organizarnos a tenor del mundo, ofrecía la extraordinaria ventaja de agrupar bajo la misma corona los territorios argentino y chileno, lo cual nos habría proporcionado desde entonces la economía autónoma y la salida a ambos océanos en que se fundara la grandeza norteamericana. El terreno estaba preparado para ello por la expedición libertadora de San Martín y la aquiescencia de los logistas chilenos; la unión se especifica en las negociaciones reservadas, si bien no figura, por razones de prudencia, en la ratificación del Congreso. Pudo haber sido el comienzo de una gran nación. No fue dable realizarlo por los elementos de disgregación que ya conocemos y por la acción de la potencia más directamente interesada en impedir la creación en América de países fuertes y sometidos a otras influencias que la suya”. Solamente añadiré que San Martín, ya en el Perú, inició una serie de tratos diplomáticos con el Virrey Joaquín de la Pezuela y las Conferencias, la primera de las cuales se realizó en Miraflores en setiembre de 1820, donde se planteó claramente la salida monárquica trasladando el trono a Lima, centro de poder tradicional durante 300 años. Las negociaciones duraron cuatro meses y en ella intervinieron Hipólito Unanue, Justo Figuerola y el Conde de Vista Florida D. Manuel Salazar y Baquíjano. Las Logias movidas por los agentes ingleses produjeron el 29 de enero de 1821, en Aznapuquio el primer golpe militar de nuestra historia, siendo derrocado el Virrey Pezuela y reemplazado por el General La Serna. Al poco tiempo el 19 de febrero del mismo año, arribó al Callao el Capitán de Fragata D. Manuel de Abreu, uno de los Consejeros enviados por el Rey, para tratar la paz en el Perú. Al parecer de Abreu había estado previamente en Huaura y el 18 de mayo de 1821 se realizaron las Conferencias de Punchauca, al norte de Lima en el Valle de Carabayllo, donde se trató de establecer un Consejo de Regencia para el Perú bajo la Presidencia de La Serna.

viene de la pág. 251

¹⁵ PALACIO, Ernesto. *Historia de la Argentina. Ob. Cit.*, p. 274.

Según el doctor Basadre¹⁶ San Martín se ofreció a viajar a España para tratar directamente con Fernando VII, los detalles de la monarquía peruana. Por su parte el historiador catalán Soldevilla¹⁷ dice que San Martín quería tratar este asunto sobre la base del reconocimiento previo de la independencia y la consiguiente instauración de una monarquía para el Perú, por cuanto no consideraba viable la salida republicana y que San Martín exigía que el Rey fuera elegido por las Cortes españolas, añadiendo que el Virrey La Serna, luego de conferenciar con sus generales, no aceptó la negociación e invitó a San Martín a pasar a España para pedir a Fernando VII la designación directa del soberano. “No hay que decir que San Martín rehusó y denunciando el armisticio, prosiguió la ofensiva”.

Existe sobre este tema la versión del Conde de Torata, que sostiene que cuando San Martín planteó la posibilidad de establecimiento de la monarquía, el propio Conde el General Valdés, lo amenazó con la retirada de las tropas realistas a la sierra, proclamando el Imperio de los Incas, por cuanto contaba entre las filas realistas con un Cacique de pura sangre real incaica.

San Martín en tan dramáticas circunstancias, reconociendo que no contaba con el apoyo del poderoso ejército real del Perú, —18 mil hombres veteranos, buena artillería y mejor caballería— ni con la posibilidad de ayuda del gobierno de Buenos Aires —en esos momentos— en manos de sus enemigos políticos y en plena anarquía, creyó poder entenderse con las fuerzas del norte, a quienes había prestado generosa ayuda con el envío de las tropas peruanas al mando del Mariscal Andrés de Santa Cruz, que ayudaron decididamente en la batalla de Pichincha, lo que les había permitido a los colombianos llegar a Quito. Y así partió rumbo a esa ciudad, para una entrevista que sorpresivamente se realizó en Guayaquil, donde fue recibido con una “bienvenida a tierra colombiana”, pues

¹⁶ BASADRE, Jorge. *La iniciación de la república*, Tomo I. Lima: Biblioteca peruana / Librería francesa Científica y Casa Edit. E. Rosay. La Merced 632, 1929.

¹⁷ CONDE DE TORATA. *Historia de la Guerra separatista del Perú*, Tomo III, p. 387.

Colombia era declarada “desde Tumbes al Orinoco”. San Martín comprendió que se encontraba con la primera frontera sembrada en América y piensa que quien crea fronteras, siembra divisiones y rivalidades y que en ese contexto ya nada podría realizar para salvar la unidad de la parte sudamericana del Imperio español, pues incluso Lord Cochrane zarpó sorpresivamente al Brasil, y retornó a Lima, dispuesto a presentar ante el Congreso Constituyente que él convocó su renuncia memorable e hidalga.

Creemos que la visión de política internacional de San Martín, fue tal vez la última y más seria posibilidad que tuvo nuestra América de salvar su unidad por encima de regionalismos y divisiones folklóricas entre las diversas regiones de Sudamérica. En ese momento la unidad era una posibilidad cierta y no una quimera utópica e irrealizable capaz de saltar en mil pedazos como ocurre ahora con los intentos de integración ante la primera enmienda denunciada. Esta unidad de haberse logrado en esa época nos habría evitado los horrores de guerras fratricidas que han creado fronteras de odio entre hermanos, alentadas por claros intereses foráneos que forjaron estados tapones a expensas del Perú y la Argentina, con desmedro no solo de sus territorios sino de su devenir histórico, y pensar que todo eso fue el legado del siglo XIX. Vaya por eso nuestra gratitud y nuestro recuerdo al Santo de la Espada D. José de San Martín.

* * *